

VUILLEMIN, Jules: *L'heritage Kantien et la Révolution Copernicienne*. Presses Universitaires de France. París, 1954; 309 págs.

La filosofía crítica de Kant pretendió dar un viraje definitivo respecto a la contemplación de la realidad, si se tenía en cuenta cualquier punto de mira anterior. Esta toma de posición se llamó «giro copernicano», y en él se centra Vuillemin para explicar el sentido de la «herencia» kantiana.

Por una parte, la revolución copernicana describió «en el acto trascendental el paso inmediato del sujeto al objeto, como lo muestra la afirmación de la posibilidad de la experiencia en tanto que principio de la deducción de las categorías». Por otra, este acto trascendental sólo se hace plenamente inteligible si desde la crítica de la razón pura teórica nos trasladamos al de la razón pura práctica. La filosofía kantiana culmina en la moral. Sin embargo, esta plenitud unificante empieza a encontrarse resquebrajada desde sus inmediatos discípulos. Hegel hace ya su crítica. Comienzan a aparecer «desplazamientos» de las nociones kantianas de un extremo a otro de sus posibilidades significativas: ¿Se trata de una metafísica del infinito o de lo finito? ¿La revolución copernicana es auténtica liberación del hombre o charlatanería? ¿La filosofía se ha liberado o se ha esclavizado más a la teología?, etc... El enorme impacto del kantismo obliga al pensamiento posterior a replantearse estas preguntas e intentar entender a Kant con más hondura que él mismo lo hizo. La historia posterior va a ser la historia de los «desplazamientos» en uno u otro sentido.

Aunque estos «desplazamientos» están integrados en la trama de la historia posterior, el autor va a elegir tres momentos culminantes en la interpretación de la filosofía kantiana, que representan tres pasos en la hermenéutica de la revolución copernicana. Estos tres pasos son: interpretación inmediata: Fichte y su teoría de la ciencia; el neokantismo: Cohen, y la filosofía de la existencia: Heidegger. Los tres pasos marcan una dirección que se resume al final del libro y que se entiende entonces como la auténtica significación de las posibilidades del copernicanismo filosófico. En cada uno de los autores se estudia, por separado, el sentido de los desplazamientos en cuanto a la metafísica, al método y a la teología.

Fichte, presionado —es el planteamiento de su problema— por el racionalismo que menoscaba la libertad (Leibniz y seguidores) y el irracionalismo que condena la razón para salvar la libertad (Jacobi), necesita del kantismo la superación de esta encrucijada.

Cohen necesita acudir al kantismo para salir de una doble interpretación de las cosas: empirista e idealista. Ambas interpretaciones parten del mismo kantismo tal y como ha llegado a sus manos. El idealismo ha hecho recaer en el dogmatismo, otra vez, al método trascendental; la interpretación subjetiva y psicológica lo ha trivializa-

do. Desde este ángulo aparece otro nuevo modo de contemplación: reivindicación del método trascendental centrado en el principio de las magnitudes intensivas. La Filosofía, en cambio, se hace más independiente de las ciencias positivas. Este último estadio provoca la interpretación de Heidegger.

Heidegger se da cuenta de que todas las interpretaciones hasta él han venido a parar al absolutismo. También la interpretación como exclusiva teoría del conocimiento. Husserl fué uno de los superadores del positivismo y restauradores de una nueva vía para la filosofía. Heidegger, su discípulo, encuentra ya una vía posible para lanzarse a la metafísica. Pues bien; Heidegger, al entender la filosofía de Kant como una metafísica de la finitud, encuentra en ella el primer paso para entender la realidad en este sentido. El paso de la fenomenología a la filosofía de la existencia tiene, en esta interpretación del kantismo, su explicación. Para el existencialismo, la «Lógica trascendental», entendida de cierta manera, debe darnos las soluciones a la «Lógica formal y trascendental».

Y al final del libro se nos da el sentido de esta línea interpretativa. El autor ha intentado mostrarnos cómo la filosofía, desde el giro copernicano, «no hace otra cosa que describir desplazamientos característicos de un pensamiento teológico a un mundo ateo». Fichte, Cohen, Heidegger: tres etapas que descubren una verdadera «regresión». Si es así, termina el autor, ¿no tendría necesidad la filosofía de realizar, en vez de una revolución copernicana, una revolución ptolomeica?

MARÍA RIAZA

WESTACOTT, E.: *Roger Bacon, in life and Legend*; London, 1953.

Roger Bacon ha sido considerado por la crítica moderna como un precursor; incluso algunos lo han elevado a la categoría de profeta científico. De acuerdo con este punto de vista sería «un desplazado», una de esas extrañas personalidades contra-históricas que viven en una situación, pero constreñidas en ella con una violencia evidente, ya que su espíritu pertenece a remotos tiempos futuros. Desde muy antiguo hay en torno a Bacon una leyenda que le califica de alquimista y aun de mágico prodigioso, poseedor de extraños secretos para prolongar la vida y de misteriosos aparatos con los que adueñarse de las fuerzas naturales. Parece como si el calificativo de precursor no fuese sino una degradación del adjetivo mágico. En todo caso mágico, precursor o simplemente inteligencia despierta y lanzada por un camino poco frecuente en su tiempo, Roger Bacon necesita de estudio e incluso de divulgación. Es uno de esos autores con los cuales nos ponemos en contacto a través de una red de tópicos o de tradiciones legendarias y que, salvando a los especialistas, entra en la órbita de conocimientos del hombre culto en general con un halo